

HOMILÍA

Domingo XXX del tiempo ordinario. Ciclo B

Jr 31,7-9

a. Contexto

Las fuentes para entender al Profeta Jeremías, uno de los principales de Israel, se hallan en 2 Re 21-25 y en 2 Cr 33-36, además de otras de fuera de la Biblia.

Estamos en la época de esplendor del reino de Judá, y a la vez, en momentos de crisis por el destierro de una parte del pueblo judío, notable por su calidad: s.VIII a J.C., hasta la primera década del s.VI a J.C.

Ya no existía como tal el Reino de Israel, sometido a los Asirios (722 a J.C.). Ahora, éstos mismos pretenden dominar Judá, cuyo rey Manasés anda en un 'tira y afloja' con las potencias del momento: Asiria y Egipto.

Manasés, de mal recuerdo para Judá, se vio compensado por su nieto Josías, que logró devolver la esperanza al pequeño Reino de Judá, integrando la zona norte de Israel.

Josías, este rey bueno y muy recordado siempre, llegó a reunir casi el Reino antiguo de David. En el año 622 se encuentran los rollos de la ley: libro del Dt, con lo que se impulsa la reforma religiosa que lleva el nombre de Josías.

Esta reforma, que vivió de lleno Jeremías, cifraba su programa en unificar el culto de nuevo en Jerusalén, eliminando los focos de idolatría que quedaban del largo reinado (50 años) de Manasés.

Lo problemático del momento fue la situación geopolítica, entre la caída de Asiria, el apoyo que ésta recibe de Egipto, y el surgimiento de los Caldeos (Babilonia), que obligará a tomar partido a los sucesores de Josías.

La influencia de Jeremías no logra impedir finalmente que los babilonios lleguen a Jerusalén 3 veces, deportando en 587, 586 (el momento clave, con la caída de Jerusalén y del reino de Judá), y 582 a.J.C. a más de 4.500 judíos.

Retrocedamos en el tiempo. Jeremías nace en Anatot, cerca de Jerusalén, el año 650 a J.C., en época de Manasés, de una familia sacerdotal que participó en la reforma cultural de Josías.

Las 'confesiones' (tradicionalmente mal llamadas 'lamentaciones') nos dan numerosos datos de la personalidad de Jeremías. Lo que nos interesa aquí es cómo su obra personal vale más que el libro que nos deja.

Efectivamente, en Jr 36 se narra detalladamente cómo Baruc, secretario del Profeta, leyó delante del rey Joaquín la profecía, que fue quemada en señal de desaprobación porque no agradaba a éste.

Más tarde, el secretario de Jeremías escribe estas cosas (cf. Jr 36) con lo que sabemos que profetizó éste en tiempos de Josías, Joaquín, Sedecías (con quien convivió en Jerusalén), y Jeconías (rey desterrado a Babilonia).

Mientras, sigue aconsejando la sumisión a Babilonia. La última etapa es la del tiempo de Godolías, cuando Jeremías se halla desterrado, no en Babilonia, sino en Egipto.

Núcleo de su mensaje es el anuncio de la necesidad de conversión por la conducta personal de la gente y la de los dirigentes del pueblo. Hay una parte notable de sus oráculos dedicada al anuncio de la salvación.

Este extremo ha sido un tanto descuidado por la exégesis hasta hace poco tiempo, tal vez a causa de la influencia de las 'lamentaciones', de tono más personal.

Su profecía se divide en 4 partes:

.Jr 1-25: juicio de Judá e Israel;

.Jr 26-45: últimos momentos de Jerusalén. Aquí se encuentra el capítulo-testigo de la profecía: Jr 36 y la célebre carta a los desterrados de Babilonia: Jr 29;

.Jr 46-51: oráculos contra las naciones;

.Jr 52: apéndice histórico.

b. Texto

Pertenece el pasaje de hoy a la segunda parte del libro de Jeremías. El sentido del texto está en clave de restauración; los críticos no logran dilucidar si se trata de oráculos referidos a la unificación de Judá e Israel.

Esto sería en tiempos de Josías (época de reformas); o más bien se trata de inyectar esperanzas a quienes, desde el destierro, están llamados a rehacer con ilusión la vida social, cultural y religiosa del pueblo, a la vuelta.

Como sea, el capítulo entero, tan célebre, está lleno de oráculos de salvación, en clave de nueva alianza, después del desierto, donde, metafóricamente, el pueblo encuentra a Dios (cf. Os 2, Dt 8).

Desde luego, la fidelidad de Dios se manifiesta a través de la prueba, hasta llegar a la nueva alianza, cuando meta la ley en el corazón de los israelitas.

Por eso este texto es tan utilizado para hablar de la nueva alianza mesiánica. Es la alianza centrada en Cristo, pero ya vislumbrada aquí. Hay que leer el A.T. desde el Nuevo, dándole su plenitud como Palabra de Dios.

c. Para la vida

Desde los acontecimientos históricos, la profecía nos puede enseñar a dar el salto a la significación religiosa de la historia y de la existencia humana. Es la lección del pasaje.

Esta lección se entiende más allá de claves humanas (necesarias), y nunca se acaba de aprender. Bajando a niveles más sencillos, podemos descubrir aquí cómo Dios se sirve de los hombres, a veces tozudos.

Son hombres como Jeremías y sirven para ver la alegría de su salvación, y cómo el mensaje que siempre desea transmitirnos es un mensaje de amistad ('alianza' en la Biblia) y de esperanza, desde la vida.

La presencia de Dios no es alienante, no distrae al hombre de las tareas diarias, muchas veces difíciles de leer a la luz de Dios. Todo lo contrario: el Dios cercano respeta nuestra autonomía y la de las cosas.

Son palabras. las últimas del Vaticano II. Es más: esto impulsa a dar una respuesta codo con codo con los demás. Es el ágora de las cuestiones humanas-como decía Juan Pablo II, ese infatigable evangelizador.

Es el mensaje de Dios en beneficio de los hombres de hoy. Con él los creyentes no vamos a aparecer con recetas mágicas ni con soluciones científicas (Jeremías no las tuvo para aconsejar a los reyes de Judá).

Y ello, porque éstas no son de la competencia de la fe cristiana. La fuerza de Dios está en su presencia fortalecedora, y en la apertura de miras ('esperanza', en cristiano) de cara a los problemas que hoy nos aquejan.

Es una llamada también a colaborar en apoyo de los que se la juegan día a día en primera fila. Nuestra oración y aportación económica son una ayuda a que otros se conciencien.

Con eso no se hace más que decir que Dios sigue hoy, como en los tiempos de Jeremías, hablando de salvación, de nueva alianza. ¿Oiremos su palabra, hermanos: la acogeremos en nuestro corazón?

Antonio Jesús Rodríguez de Rojas, sdb
aderojasr@yahoo.es